

## EL AMANTE

J. Pena

Enero de 2007

Elogio de *La línea recta*

Ya lo comentaba en la columna del mes pasado: después de muchos años, el Festival de Gijón incluyó una película española en su sección oficial. Si no lo había hecho en ediciones anteriores habría que atribuírselo a dos razones. En primer lugar, el tipo de cine que suele programar Gijón apenas guarda relación con el cine español al uso. En segundo lugar, los productores españoles siempre han apostado por otros festivales —San Sebastián, preferentemente, con Valladolid como alternativa— sin preocuparse si el hecho de participar en éstos representa un valor añadido para determinadas películas. Por ejemplo, este año San Sebastián sorprendió con tres películas españolas a competición que no respondían a los criterios de selección habituales: películas más “pequeñas”, sin grandes ambiciones comerciales y de estética independiente. La mejor de las tres era *Lo que sé de Lola*, el debut en el largometraje de Javier Rebollo, que poco después se haría con el premio de la crítica en el Festival de Londres. Una de esas películas que se toman su tiempo, con sus largos planos y sus silencios. Una película rodada entre Francia y España, en todos los sentidos, pues se trata también de un tipo de cine más francés que español. Ojalá tuviésemos cada año muchas películas como *Lo que sé de Lola*, aún cuando estemos ante la típica película que en el fondo es más convencional de lo que le gustaría ser, cine de autor e independiente *ma non troppo*, en el que el tema, el argumento, acaba por imponerse sobre el estilo. Un estilo que no calificaré de impostado porque ya estaba presente en los cortometrajes de Rebollo y que no parece el más apropiado para una historia que guarda demasiados puntos de contacto con *Hable con ella*. Rebollo sabe contar una historia al estilo del cine moderno, lastima que lo que cuenta aún sea demasiado clásico.

San Sebastián no parece haber aportado mucho a *Lo que sé de Lola* desde un punto de vista comercial. Su estreno ha pasado desapercibido, puede que en parte debido a la sabia, coherente y, en última instancia, suicida decisión de no estrenar doblada esta película hablada mayoritariamente en francés. Y con todo no hay duda que el festival donostiarra le ha garantizado visibilidad, estar ahí, estrenarse con relativa normalidad y ganarse al menos alguna nominación a los Goya. Nada de eso hubiese ocurrido —salvo quizás su fracaso en taquilla— si la película de Rebollo hubiese optado por un festival más acorde con sus propuestas, un festival donde compitiesen aquellas películas a las que *Lo que sé de Lola* le gustaría parecerse.

Todas estas objeciones no impiden que piense que *Lo que sé de Lola* es una de las mejores operas primas españolas del año. Otro año lo hubiese tenido más fácil pero, no me cansaré de repetirlo, 2006 es el año de *Honor de cavallería* —ésta sí que no ha tenido nominación al Goya— y de la gran sorpresa que nos deparó Gijón, *La línea recta*, la primera película de un veterano realizador publicitario, José María de Orbe, a su vez productor asociado de *Las horas del día*. No es gratuito recordar ahora la película de Jaime Rosales ya que éste es también productor de *La línea recta* y ambas películas parecen cortadas por idéntico patrón. Salvo que en la película de Orbe no hay asesinatos ni asesinatos en serie y, podría decirse, no pasa absolutamente nada... o nada relevante desde un punto de vista dramático. Desde esta perspectiva *La línea recta* es una más que digna heredera —como también lo venía siendo *Las horas del día*— de una de las grandes y desconocidas obras maestras de la historia del cine español, *Contactos*, la película que dirigió en la ilegalidad Paulino Viota en 1970 y que en su día motivó los encendidos elogios del mismísimo Noël Burch. Si Viota retrataba los aparentemente anodinos rituales de la clandestinidad antifranquista, Orbe convierte la vida de una joven en un ritual

continuo de repeticiones, filmando, como Viota, los distintos escenarios siempre desde las mismas posiciones de cámara, subrayando todo lo que de mecánico tiene el día a día de alguien que no tiene en sus manos su propio destino, eludiendo aportar la más mínima información sobre el pasado o las relaciones familiares de una protagonista de quién apenas oiremos en una ocasión su nombre, Noelia (Aina Calpe), y que acepta con resignación una vida consumida por la rutina, sin objetivos ni expectativas, carente de emociones. Podría achacársele a *La línea recta* un exceso de frialdad, un personaje protagonista tan asexuado. Aún así, el guión, firmado por Orbe y un joven crítico de Letras de Cine, Daniel V. Villamediana, resulta ejemplar en su coherencia y rigor: la película nunca abandona su propósito, nunca se sale del camino trazado —la *línea recta* del título—, ni siquiera se deja seducir por los cantos de sirena en forma de acontecimientos que pudieran derivar en una inflexión dramática. En un determinado momento, Noelia fija su atención en un nombre escrito en un buzón. He ahí la motivación dramática que guía sus actos, pensamos. Nada más lejos de ese tipo de estrategias: Noelia no busca a nadie y prosigue su actividad laboral con normalidad. Hasta llegar a un final que destaca por su elegancia y que nos deja donde estábamos: hemos sido testigos de unos días en la vida de Noelia, no sabíamos de dónde venía y no sabemos a dónde va. Pero ahora sí sabemos quién es José María de Orbe y podemos confiar en que otro cine español sí es posible.

\*\*Jaime Pena es crítico de cine y autor de numerosos libros y estudios sobre cine. Es una de las voces más respetadas por la crítica. Este artículo ha sido publicado en el número de enero 2007 de la revista *El Amante*, donde Pena tiene una sección fija.